

DE BUENAS LETRAS

Arte urbano



ANTONIO CARVAJAL

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Un pueblo se destruye en un instante, basta una riada, un incendio, un necio alcalde, una alcaldesa frágil. Vivo en una ciudad limitada al norte por montes que alcanzan el cielo y al sur por un mar con nombre de pirata. De donde le sale el sol hasta donde se le pone, la cruza una dificultosa autovía, que se cruza con la meridiana cuya puente no es segura: Motril, que sigue los ejemplos de Granada, su cabecera provinciana; si en lo bueno no se sabe cómo, ni en qué, porque la bondad se reconoce pero no se pregona; en lo malo se nota enseguida y, si quieren una prueba, miren la vega motrileña y cómo se muere a más veloci-

dad de crucero que los barcos que la visitan. Y si quieren más, observen el meneo de los monumentos. El dedicado al actor Isidoro Máiquez lo arrancaron del cementerio y lo plantaron en una céntrica plazoleta; el de Isabel la Católica tomándole los temas a Colón para las oposiciones de ATS en el Hospital Real, fue

privado de su lugar emblemático a la vera del Genil y trasladado al bujero del fracaso del plan Gran Vía prolongada hasta la carrera de la Virgen, etc. En Motril se les ha roto la esbelta aguja que llaman monolito, pero que es monolata –según la materia, así el nombre– y al que el Ayuntamiento le han negado el lugar para el que fue creada porque la pensaban trasladar a una nueva rotonda del bivio de acceso y la tienen en el taller de reparaciones porque se les rompió apenas alzada del suelo. Un amante del arte y de la naturaleza, muy lenguaraz, sostiene que les habría salido más barato un nuevo monumento, pero le dijeron que había problemas porque una asociación de damas pudibundas se opuso a que el toque bragueteril del motrileño en las antípodas fuera perpetuado en materia noble, por mucho que tan denostado ciudadano haya contribuido a la difusión del nombre de esta su ciudad y sin coste para los vecinos, quienes, por cierto, no se ponían de acuerdo en qué deslumbrante árbol convendría, mejor que duro mármol o bronce eterno, si la eritrina cafra, la tulipa africana, la ceiba insigne o el flamboyán vibrante que, cuando está florido, merece que se le aplique la frase que Gabriel Miró dedica a un automóvil en 'El discípulo amado': «rojo como un escáldalo».